

El libro de Hiram: la corporeización de un mito

Por: José Raúl Feliciano Rivera

Cuando nos enfrentamos a la lectura de un libro, el lector(a) estratégico(a) trata de predecir qué encontrará en él. A veces lo hacemos desde que conocemos la intención del autor(a) de escribirlo. Eso me pasó con el libro de Hiram. Hace algunos años me anunció que escribía un libro sobre Antonia Martínez, a quien él había conocido. Como novelista y cuentista que soy, me imaginé que sería eso, una novela, o una crónica testimonial de su relación con ella, algo así como un bildungsroman sobre la muchacha: Antonia de los Balcones Verdes, la versión boricua de *Anne of Green Gables*. Nunca me imaginé un libro tan vital, con tantas ganas de desentrañar el intríngulis de aquel fatídico suceso del 4 de marzo de 1970. No me malinterpreten, me encantan los libros de mi amigo Hiram Sánchez Martínez, de lo cual él tiene constancia, y me imaginaba que sería un gran libro, pero no de esta índole.

Empiezo por decir que el nombre de Antonia Martínez Lagares para mí era eso: un nombre que asociaba a ese evento en el que fue asesinada. Pero como pasa con otros héroes y heroínas de la patria, sabía muy poco de ella, por no decir nada. ¿Qué sabe el común de las personas sobre Carlos Soto Arriví, Arnaldo Darío Rosado, Adolfinia Villanueva? Se les ata a los casos del Cerro Maravilla y Villa Sin Miedo, pero ahí termina. Otras veces sabemos más del suceso que de los protagonistas. Sus nombres pasan a formar parte de nuestro acervo cultural, muchas veces sin ningún tipo de contexto en el que conocerlos. En muchas ocasiones ni los nombres se conocen. Basta hacer la prueba en los salones de clase, para darse cuenta del vacío histórico en el que el público puede estar respecto a este tipo de ser humano como lo es el héroe o heroína político, patriótico.

El contexto en el que se da el caso de Antonia Martínez merece que se analice. Es algo que Hiram formula de manera contundente en su texto, pero al que quiero añadir unas pequeñas notas. El año anterior a la muerte de Antonia Martínez marca un hito en la historia mundial. El 1969 es el año de Woodstock, el festival de rock más grande de todos los tiempos: la unión de casi todo el elemento hippie estadounidense, entre el cual estaba un gran porcentaje de detractores de la guerra de Vietnam. Es el año del último concierto en vivo de los Beatles (y aquí añadimos que fue la policía quien lo terminó), en el techo de la compañía Apple. El grupo se separaría en 1970. Los Beatles fueron parte sumamente importante del movimiento cultural de los 60 que revolucionó el mundo socio-musical para siempre, en la moda, la forma de ver la sociedad, entre otras cosas. En el festival de Woodstock estaba Jimi Hendrix, de quien diré algo más adelante. Este contexto, que se une a infinidad de movimientos de paz, de protestas estudiantiles, sobre todo en Estados Unidos, pero no exclusivamente, este contexto de revolución social, ayudó a que lo que pasó en PR fuera una consecuencia natural de la historia. La guerra de

Vietnam fue un abuso que cometió EEUU, por lo cual muchos muchachos perdieron la vida innecesariamente. En el documental *The War Room*, se ve cómo John McNamara se tiene que enfrentar a los argumentos de un funcionario del gobierno de Vietnam, quien le echa en cara que ellos, los estadounidenses, no tenían nada que hacer allí durante ese conflicto, que su intervención fue meramente un entrometimiento histórico.

Este comportamiento del sistema, de ver fantasmas de enemigos políticos en cualquier esquina, ha causado que grandes personalidades hayan sucumbido como parte de la represión gubernamental o del *establishment*. Solamente hay que oír nombres como los de Albizu Campos en Puerto Rico, Federico García Lorca en España, Víctor Jara en Chile, los estudiantes de la noche de Tlatelolco y los 43 de Ayotzinapa en México, los miles de desaparecidos en Argentina, Nicaragua, El Salvador, los registradores de votantes en el sur de los Estados Unidos, Martin Luther King, y por no dejar de decir, Jesús de Nazaret.

Dejo espacio para dos nombres que pocos asocian con la represión del sistema: Jimi Hendrix y John Lennon. Las versiones de la muerte de ambos, problematizadas, indican que hay gato encerrado o como dicen en inglés, huele a pescado muerto. Jimi Hendrix murió, según reza la versión oficial, ahogado en su propio vómito por estar drogado y borracho. John Lennon murió tiroteado por un loco que se obsesionó con el tema de sus canciones y con una novela: *A Catcher in the Rye*. Lo que pocos saben es que Jimi Hendrix se había convertido poco antes de su muerte en donante activo de los Black Panthers, que su representante era un exagente de la CIA y que según la autopsia, la cantidad de vino que cargaba en sus pulmones no la había podido ingerir él mismo. Lo que omite la versión oficial de la muerte de John Lennon es que el artista había protestado por la guerra de Vietnam, que sus canciones últimas hablaban de cierta forma sobre el socialismo y justicia con la humanidad trabajadora y que le había ganado a EEUU en corte el derecho a permanecer allí, aun cuando el gobierno lo había echado del país. Esto se puede ver en el documental *John Lennon vs. the USA*.

Dicho esto, podemos entender muy probablemente por qué Antonia Martínez murió a manos del sistema y su muerte no se ha esclarecido nunca, envuelta en un manto de ocultamiento por parte de las autoridades oficiales. Como es nuestra costumbre, la de los escritores y escritoras, la de los profesores y profesoras de literatura, voy a desarmar el libro, pero no lo contaré, para que despierte en ustedes el interés por saborearlo de primera mano.

¿Qué es el libro? Es la investigación de un *cold case* o un caso sin esclarecer durante mucho tiempo. Es la historia del incidente, de la vida de Antonia Martínez, la historia de los eventos que sucedieron para esconder el hecho de que la había asesinado el sistema, la historia personal de Hiram con Antonia y con el caso, la historia del aparato opresor que ha resultado ser la policía de Puerto Rico comandada por agentes sumisos de la colonia, la historia del movimiento estudiantil, que ha sido tradicionalmente quien ha dado la

cara y la batalla por muchas causas en PR, especialmente por la universidad del Estado. Y por último, una pequeña historia de amor juvenil. A eso responde su título.

La estructura visible del libro es la siguiente: un prólogo del Lic. Alberto Medina Carrero, un prefacio titulado «Los antecedentes de la investigación», tres partes, una sobre el incidente, otra sobre la investigación al policía acusado, otra sobre el proceso judicial a este agente y un epílogo sobre lo que pasó con el ROTC después de las protestas. Hay al final una nota de Hiram sobre la foto icónica de Antonia que es sinceramente, para mí, la parte más emotiva del libro. Finalmente, siete apéndices que contienen listas de posibles testigos, declaraciones firmadas, correos electrónicos a dependencias de gobierno y sus respuestas, cartas al Instituto de Ciencias Forenses y más fotos.

No obstante, no es la estructura visible lo más interesante del libro, sino su estructura invisible, la que constituye el verdadero mérito de este portentoso libro. Voy a discutir brevemente cada una de esas partes para que veamos por qué al final de su lectura yo quedé de la misma manera que cuando vi el documental sobre Woodstock, sintiendo que había estado allí esos tres días.

Todo el entramado del libro lo configura la voz narrativa. Esta voz registra los múltiples niveles del texto y los agrupa para ofrecer una información esclarecedora y sistemática. Nos remonta al hecho y sus diferentes versiones, nos describe a Antonia, nos guía a través del aspecto legal de forma detallada, nos incluye como observadores a través de las fuentes visuales. Lo primero que sobresalió para mí fue el recuento del hecho, visto a través de la experiencia personal de Hiram, de las múltiples versiones que aparecieron en los medios de comunicación, las de los testigos que presenciaron aquello, que lo vivieron, algunos de los cuales sufrieron represión por parte de la policía. Sobre el discurso de la prensa, resulta fascinante que al pormenorizar Hiram todo ese despliegue, se puede ver de cerca el desmantelamiento de la «objetividad» de la prensa que se canta como portadora de la información neutral. Solo hay que mirar el énfasis que esta prensa le da a su enfoque de preferencia, con lo cual no tan subrepticamente, editorializa. Veamos:

Dentro del edificio de la Fuerza Aérea, la Oficina de Récor ds fue saqueada al romper las ventanas tipo miami, de madera, por donde los estudiantes penetraron y sacaron la bandera de la Fuerza Aérea, que quemaron en las llamas de la vieja caseta que queda inmediatamente detrás del edificio de la Fuerza Aérea. También quemaron la bandera norteamericana parcialmente, con la que volvieron a entrar en la oficina del edificio, mientras que otros estudiantes sacaron la bandera puertorriqueña, la ondearon y celebraron la quema del edificio de la Fuerza Aérea. (*El Mundo*, 5 de marzo de 1970, p. 1-A)

Para obtener la otra cara hay que recurrir al periódico que no tiene la difusión generalizada que tiene el *mainstream*, *Claridad*, semanario que todo aquel o aquella que lo lea, sabe de antemano, porque así se anuncia, que es un periódico orientado hacia la independencia del país.

En determinado momento, al comienzo de la refriega, circuló el rumor de que una estudiante había sido capturada por los cadetes y la tenían encerrada en el edificio militar. Una delegación de profesores se dirigió entonces al jefe de la guardia universitaria, quien los recibió de mala manera y les contestó que él no mandaría su gente al local del ROTC. El juez de tránsito aseguró a esa delegación que dentro del edificio había un miembro de la administración universitaria. Exactamente qué hacía ese administrador, nadie sabe; pero de seguro que no era mantener el orden, pues los cadetes continuaron apedreando y disparando —por lo menos con perdigones— y lanzando canicas por medio de ondas. (*Claridad*, 8 de marzo de 1970, p. 1).

Podemos constatar que en el primero es el mismo discurso que se da hoy día para llamar al estudiantado que protesta: «los pelús», «revolucionarios», «los terroristas». Es curioso cómo la gente se deja manipular y repite este tipo de demagogia. Permítaseme leer parte de un decreto que se publicó en Ciénaga, Colombia, el 6 de diciembre de 1928, a causa de las protestas de los trabajadores de la Zona bananera: «Decreto Número 4, por el cual se declara cuadrilla de malhechores a los revoltosos de la Zona bananera... Que los huelguistas amotinados se sabe están cometiendo toda clase de tropelías; que han incendiado varios edificios nacionales y extranjeros; que han saqueado, cortado las comunicaciones telegráficas y telefónicas; que han destruido las líneas férreas; que han atacado a mano armada a ciudadanos pacíficos; que han cometido asesinatos que por sus caracteres demuestran un pavoroso estado de ánimo, muy conformes con las doctrinas comunistas y anarquistas; que tanto de palabras, en arengas, conferencias y discursos, como por la prensa en el *Diario de Córdoba* y en hojas volantes, han propalado los dirigentes de este movimiento, que en un principio fue considerado como huelga de trabajadores pacíficos... Artículo 3. Los miembros de la fuerza pública quedan facultados para castigar con las armas a aquellos que sorprendan en *in fraganti* delito de incendio, saqueo y ataque a mano armada y, en una palabra, son los encargados de cumplir este decreto» (Eligio García Márquez, *Tras las claves de Melquíades*, pp. 431-432).

En el texto de Hiram, las fotos, tomadas directamente de la prensa de la época, nunca presentan a los cadetes lanzando piedras o con armas en la mano, pero sí presentan a estudiantes con máscaras y bombas molotov. Las diferentes formas de ver este acontecimiento nos informan de manera panorámica y a la vez introspectiva todo el acontecer no solo de ese día, sino de todo lo que hasta el momento permea nuestra manera de vivir. A este modo de ver las cosas hay que añadir que la voz narrativa, en este caso la de Hiram, se manifiesta de maneras distintas. Una de las versiones de los hechos,

es precisamente la suya. De forma acuciosa, Hiram puede decirnos con asombrosa precisión por dónde se metió, qué calle era donde estaba cuando vio a los policías disparar, a qué hora sucedió todo aquello. Su calidad de testigo ocular de la refriega añade una enorme veracidad al relato de lo que la policía y las autoridades universitarias llamaban la «situación» de la universidad. Asistimos a una imagen poderosa del espacio, de los personajes, del proceso. Y es con esa voz que Hiram empieza y termina por describirnos a la heroína que le ocupa en su menester de escritor y de amigo. En este caso es una voz justa, amable, tierna, que habla de un ser que despertó en él un cariño insoslayable. Veamos las diferentes instancias en las que la voz alude a Antonia para que esta tome cuerpo en el público que lee: «Antonia Martínez Lagares era para su familia y sus amigos 'Toñita.' Cuando la conocí, en las circunstancias que diré después, me aclaró que no debía llamarla Antonia, sino Toñita, aun cuando este no era su nombre propio, sino su apodo. Y cuando alguno de nosotros queríamos embromarla, solo debíamos decirle Antonia. Ella entonces hacía un mohín y amenazaba con no responder». (p. 71); «Toñita era lo que llamamos coloquialmente una «muchacha petite». Medía 5 pies y 2 pulgadas y pesaba solo 100 libras. Tenía ojos castaños, el cabello negro y lacio hasta más abajo del hombro, el cual peinaba de distintas maneras. Vestía con elegancia, pero también con sobriedad. Era la época de las minifaldas y, sin embargo, ella no las usaba. Sus faldas llegaban siempre a la rodilla, y sus blusas solían ser de manga larga o de tres cuartos, y sin escote. A muchos pudiera parecerles una joven 'pentecostal' por tanto recato en el vestir» (p. 85); «No era cierto que en ese momento la quisiera como una hermana. Porque sus ojos, su sonrisa, su pelo, sus piernas, su modo de ser y actuar me gustaban tanto que los veía como rasgos de una mujer a la que me hubiera gustado tener por novia» (p. 90); «Toñita, Antonia Martínez Lagares, la nueva víctima de la represión insensata por ser simples disidentes del militarismo en la Universidad, del servicio militar obligatorio y de la guerra de Vietnam» (p. 125); «Con todo, la foto captaría la esencia de su personalidad» (p. 352).

La voz narrativa, asimismo, se convierte para nosotros los que leemos, en la voz de un experto legal que nos explica de forma pormenorizada y autorizada todo el proceso aparente de investigación en torno de este suceso. Nos señala, en un momento dado, cómo la policía relata lo que pasó en el balcón donde asesinaron a Antonia. El texto que produce el policía me trae a la mente los insultos paródicos del juez encarnado por Don Cholito: «Será bruto el guardia este». Hiram cita el parte policíaco en el que se detalla el homicidio de la estudiante y la herida de Celestino Santiago Díaz:

El referido acusado Marcos A. Serrano Ramos, allá para el día 4 de marzo de 1970, y en Río Piedras, que forma parte de la jurisdicción del Tribunal Superior de Puerto Rico, Sala de San Juan, ilegal, voluntaria, maliciosa y criminalmente, con malicia premeditada, deliberación y propósito decidido y firme de matar, acometió y agredió con un revólver, que es un arma de fuego,

al ser humano Antonia Martínez Lagares ocasionándole una herida de carácter grave que le ocasionó la muerte. (p. 186)

Compárese este discurso, con el también paródico del fiscal Félix Chacaltana, personaje de la novela *Abril Rojo*, de Santiago Roncagliolo:

Con fecha 21 de abril de 2000, el párroco de la iglesia del Corazón de Cristo, Sebastián Quiroz Mendoza, fue encontrado ya cadáver en las inmediaciones de su sótano, en circunstancias en que los vecinos solicitaron la intervención de las fuerzas policiales para garantizar el orden y la seguridad mientras el victimario disparaba al aire por las calles adyacentes al domicilio parroquial.

Según la reconstrucción practicada por el médico legista, el susodicho sacerdote fue primero amarrado de pies y manos y amordazado, lo cual es sugerido por los hematomas de sus articulaciones y comisuras labiales, para posteriormente proceder al desmembramiento en vida de su extremidad inferior izquierda. Asimismo, se le practicaron heridas de gravedad con ácido y se le perforó la tráquea y la laringe con instrumento punzocortante hasta dejarlo de cúbito dorsal en el interior del cubículo crematorio que se hallaba en su sótano.

Según la verificación practicada por las autoridades policiales, subsecuentemente el victimario procedió a abrir fuego contra las paredes y puertas del inmueble, después de lo cual huyó llevando la extremidad inferior cercenada y sus instrumentos de mutilación, en clara demostración de ausencia de facultades mentales en condición de sanidad. (p. 278)

Es un discurso redundante, lleno de duplicidades. Un discurso que pretende dar a entender una eficiencia invisible, una especificidad vacua. Se parece a la forma del famoso «fraile» Alejandro González Malavé cuando en las vistas sobre los asesinatos en el Cerro Maravilla, le contestaba al licenciado Héctor Rivera Cruz con frases como «con posteriori», «a priori», «en el caso que nos compete» e intentaba hacer gala de una lógica impenetrable en contestaciones de una supuesta ingeniosidad, como cuando decía que «estaba actuando... tengo que hacer creer algo que no está en mis mejores intereses», o «yo no le doy crédito a acusaciones políticas, ya el pueblo dirá» (Tomado de «El cerro maravilla», en *Una noche con Iris Chacón*, de Edgardo Rodríguez Juliá, passim.). Es el lenguaje que con su aparente puntilliosidad, no es más que el lenguaje del ocultamiento, el lenguaje que nos enajena de la verdad.

Más adelante, Hiram nos guiará de manera eficiente a través de todo el proceso legal contra el policía Marcos Serrano Ramos, acusado de haber sido quien disparó contra los y

las estudiantes que le gritaban «asesinos» y «abusadores» a la Fuerza de Choque por macanear a un estudiante que se había quedado atrapado en una de las rejillas del alcantarillado. Con rigor de profesor se nos explica, pero de manera sencilla propia de una persona consciente de su público, lo que constituye una vista preliminar para determinar causa probable, lo que es una vista enalzada, así como múltiples términos de Derecho que muchas veces escuchamos en las noticias o leemos en los libros, pero que no atinamos a comprender al 100%.

Esa misma voz nos da cuenta de personajes que poblaban en aquel momento la platea universitaria y que posteriormente pasaron a formar parte también del paisaje político, intoxicándolo con su torcida forma de ver o actuar en la vida pública: Oreste Ramos, Edison Mislá Aldarondo, Edwin Rivera Sierra, el amolao, los diferentes superintendentes de la policía, fiscales, jueces, secretarios de justicia, decanos, rectores, el artífice de la masacre, Lic. Jaime Benítez, de nefasta memoria.

De igual forma, menciona a líderes maravillosos como Juan Mari Bras, Rubén Berríos, Carlos Gallisá, Florencio Merced, Doris Pizarro y muchos otros que harían muy prolija esta lista.

El libro contiene docenas de fotos, mapas, recortes de periódicos, de las comunicaciones que sostuvo Hiram con las autoridades pertinentes para encontrar información a la que nunca tuvo acceso. Una parte que debe subrayarse como extremadamente útil en su investigación, y esclarecedora para quienes leemos son los intercambios con Noel Colón Martínez, quien se muestra como la más importante fuente de memoria alternativa a esta historia de encubrimiento. Los apéndices dan cuenta de las declaraciones de testigos presenciales de lo que pasó aquel 4 de marzo de 1970. También hay en esos apéndices la lista de posibles testigos que no se han podido contactar y que sería ideal poder contar con sus versiones de los hechos, así como teorías de gente que sabe quién fue el autor material del asesinato, pero no quiere decir lo que conoce.

Como dije al principio, en los días cuando estuve leyendo *Antonia, tu nombre es una historia* me convertí en otro de los «mirones» que dice Hiram que era él. Pude, como Santa Teresa cuando vivía la pasión de Cristo en sus visiones, encontrarme en el lugar del homicidio, veinte siglos después. La obra contiene un colofón en el que Hiram explica cómo cambió la foto de Antonia Martínez Lagares. Esa historia la debe contar él, o deben ustedes leerla en el libro.

Debo decir que no comparto el desdén de Antonia por su nombre. Es el nombre de una fortaleza en Jerusalén, que pertenecía al imperio romano. Por lo mismo, creo que le sienta bien por su fuerza y denuedo, por su personalidad deslumbrante. El libro es un *tour de force* por la vida de Antonia Martínez Lagares, por el suceso en el que perdió la vida, por las luchas estudiantiles, por la historia de la represión en Puerto Rico. Tal vez a ella no la canonicen, no la lleven a los altares (como no van a llevar a Roberto Clemente, aunque se lo merece), pero sí ha pasado al libro de los santos de la patria, porque como

los santos y santas, ha lavado sus ropas en la sangre del Cordero (juego de palabras intencional). Porque como Jesús, fue mártir de una causa, como Jesús, se enfrentó a las clases dominantes de su época, porque como Jesús, denunció con su muerte la hipocresía de ese aparato opresor. Al leer sobre su vida, su nombre ha adquirido un sentido que va más allá del mito, ha adquirido corporeidad. Ahora no le digo, como mi amigo Hiram (con toda la razón del mundo), adiós Toñita, sino, gracias, Antonia y gracias Hiram por contarnos esta historia tan reveladora y tan necesaria para entender nuestro estado de situación.

Presentación de *Antonia, tu nombre es una historia*, el 27 de abril de 2019, en la biblioteca pública Luis Enrique Catalá, en Yauco, Puerto Rico